

aquellos cuya voz se escucha en los textos rabínicos primitivos, en los primeros escritos cristianos y en la liturgia (esta última constituye el epílogo del manual).

En definitiva, Francisco Varo, con el sentido pedagógico que le caracteriza, ha conseguido plasmar en esta monografía buena parte de sus conocimientos adquiridos en sus ya dilatados años de experiencia como profesor de esta materia en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Estamos, sin duda, ante una obra que invitará a reflexionar desde varios puntos de vista a los profesores de Antiguo Testamento, a la vez que puede servir a los alumnos como un excelente manual universitario de Pentateuco y libros históricos del Antiguo Testamento, ya que les proporciona las herramientas intelectuales oportunas para realizar una lectura de esos libros en la que se sintetizan armónicamente los resultados válidos de los estudios histórico-críticos y la imprescindible dimensión teológica, sin perder de vista la unidad de la Escritura, la Tradición de la Iglesia y la analogía de la fe.

Fernando MILÁN

Thomas Joseph WHITE, OP, *The Incarnate Lord: A Thomistic Study in Christology*, Washington: The Catholic University of America Press, 2015, 534 pp., 15 x 22, ISBN 978-0-8132-2745-0.

Thomas J. White, dominico estadounidense, director del Instituto Tomista de Washington y profesor de la «Dominican House of Studies», investiga, desde hace varios años, la cristología tomista, pero con un enfoque peculiar que busca no cerrar el pensamiento de santo Tomás en las deliberaciones del pasado, sino presentar sus ventajas en diálogo con los acercamientos de la cristología actual. Su último libro, publicado dentro de «Thomistic Ressourcement Series», está dedicado a la visión tomista del misterio de la encarnación del Verbo, y recoge artículos ya publicados por el autor en diversas revistas.

El libro empieza con una doble introducción. Por un lado, el autor remite a una cuestión fundamental para una correcta comprensión cristológica: la naturaleza del lenguaje bíblico y su correspondencia con las nociones metafísicas. Al tratar de la ontología bíblica, White subraya lo imprescindible que es usar términos que ayuden a comprender, en toda su riqueza, temas como la pre-existencia de Cristo, su señorío y, en general, la identidad ontológica de

Jesús, que son marcos de interpretación del Nuevo Testamento. Es un tema que está presente en los debates teológicos desde el principio del cristianismo, reforzado por la polémica de la des-helenización y retomado de nuevo, en nuestros tiempos, en trabajos como, por ejemplo, los de M. Levering. En el otro artículo introductorio, el autor se pregunta por la forma de la cristología tomista moderna en el contexto de los desafíos teológicos que representan los sistemas de F. Schleiermacher y K. Barth. En esas cristologías, se contienen dos antinomias especulativas (apostar por la antropología filosófica post-kan-tiana o por el retrato bíblico) que pueden ser superadas si se hace una relectura tomista. White insiste en la necesidad (contra los intentos de los teólogos post-metafísicos) de una cristología ontológica que armonice la investigación acerca de la vida histórica de Cristo con la reflexión doctrinal calcedoniana, sin olvidar la cuestión –tan importante para el Aquinate– de los «nombres divinos» y su predicación. La comprensión de Jesús no puede fundarse en más perspectiva que en la objetividad divino-humana de su persona.

La parte central del libro consta de dos secciones: la primera (cinco capítulos) es la reflexión en torno a la persona de Cristo, al misterio de su Encarnación; la segunda, en torno a la obra redentora.

Los análisis de White destacan, a lo largo de todo el libro, por su tono dialogante: no son meros análisis de los textos del Aquinate, sino un relectura contemporánea; de ahí su insistencia en el panorama actual. El diagnóstico del autor, ya en la parte dedicada a la unión hipostática, es la presencia de un insidioso nestorianismo en la cristología contemporánea (K. Rahner, J. Dupuis, J. Sobrino), hecho evidente en la insistencia de estos autores en el carácter accidental, y no sustancial, de la unión de lo divino y lo humano en Cristo. Al recordar el antiguo *adagio* de Juan Damasceno –la humanidad de Cristo es el instrumento de su divinidad–, White dice que la visión tomista huye de esta manera pasiva de describir la vida de Jesús, vida de la que, los autores que siguen esta corriente, subrayan las limitaciones de Jesús y su progreso intelectual a lo largo de la vida. Según expresión de White, la experiencia humana de Cristo es «icono real o epifanía de la vida interior de Dios» (p. 124).

Los demás capítulos continúan la reflexión acerca de cómo entender la perfecta naturaleza humana de Cristo y su contenido (esencia) real, todo esto en diálogo con lo que «Gaudium et Spes» indica acerca de la naturaleza-gracia, llegando a la conclusión de que es imprescindible tener una noción de la naturaleza para comprender la cristología (cap. 2). Después, trata de la similitud (no recíproca) entre naturaleza divina y naturaleza humana, abordan-

do el tema de la predicación analógica, y explicando las malas comprensiones de Barth en esa materia (cap. 3). En el cap. 4, el autor desemboca en la inevitabilidad de la teología natural para la cristología, terminando, finalmente, esta sección (cap. 5) con una cuestión muchas veces infravalorada: la posesión de la visión beatífica por parte de Jesús en toda su vida, lo que se traduce en la capacidad de un conocimiento directo de su esencia divina, cosa no sin repercusión para su ciencia humana.

Establecido este trasfondo ontológico, White comienza la segunda sección, en la que trata del modo de obrar de Jesús: en primer lugar, considera la obediencia de Cristo y el sentido salvífico de su pasión y muerte en relación con la cristología *kenótica*, que pone de relieve el misterio pascual como lugar privilegiado de la revelación trinitaria, polemizando con las tesis de Barth sobre la obediencia inscrita en la naturaleza divina por la procesión del Hijo del Padre, que resulta negar la unidad de la naturaleza divina y la omnipotencia. White sugiere (p. 306), como solución, considerar la obediencia del Hijo como «expresión figurativa» de la eterna recepción de la voluntad del Padre en las relaciones intratrinitarias y, al mismo tiempo, como la esencia de su misión temporal. De ahí, la propuesta de interpretar el grito de Cristo en la cruz no como desesperación, sino como lamento de que la redención no ha llegado aún a su realización escatológica. La muerte de Jesús no puede ser percibida, como sugieren algunos *kenotistas* (Jüngel, Pannenberg), como algo pasivo, sino como algo activo, como una libre entrega del Hijo por nuestra salvación. Aquí se presenta la diferencia fundamental entre el acercamiento clásico (White llama a la cristología tomista «expresión prototípica de la tradición cristológica tradicional»: p. 379) y el *kenotista* respecto a la cuestión soteriológica: se nota entre los autores de la última postura mencionada el intento de evitar cualquier mención acerca de la divinidad de Cristo operante en la Pasión, lo cual parece ser fruto de la admisión exclusiva de la metodología histórico-crítica, incapaz de indicar el actuar divino. Esto se hace todavía más evidente cuando se consideran el poder divino y la crucifixión de Jesús desde la perspectiva ontológica: *kénosis* divina, según Jüngel, significa autovaciamiento del Hijo, y afecta a la naturaleza divina de Cristo. Éstas son las tesis que el autor rechaza recurriendo a los clarividentes argumentos de santo Tomás. White tiene, además, un capítulo sobre el misterio del descenso de Cristo a los infiernos, en el que, apoyado en los textos del Aquinate, defiende la postura de von Balthasar, rechazando algunas propuestas contemporáneas que veían en dicho descenso una manera de sufrimiento de Cristo debido a los pecados de

los hombres. La sección termina con una reflexión sobre la resurrección; la cristología tomista subraya que no es simplemente un «modelo» o ejemplo, sino la causa eficiente de nuestra resurrección.

El libro concluye con el texto «La promesa del tomismo», en el que retoma el tema de la naturaleza de una cristología que no puede renunciar a la reflexión metafísica y convertirse en una mera ciencia histórica, pues también entra en el contexto del ser y, por tanto, requiere una metafísica. Siguiendo al Aquinate, White subraya que no se puede enfrentar el estudio del ser al estudio de la historia: más bien, el realismo metafísico es fundamento necesario para la hermenéutica de la historia (p. 494). Esa insistencia del autor explica la razón de dedicar las últimas páginas de su libro a la polémica con la teología «post-metafísica» de Schillebeeckx. Además, el uso correcto del lenguaje y la conciencia de que cada narrador cuenta la historia con un fin determinado (en este punto acudo a MacIntyre y Foucault), abren la pregunta por su dimensión ética y por el lugar de la explicación teleológica ante el hecho cristiano: «¿por qué ocurrió históricamente el cristianismo?». Sin duda, el interlocutor de White es aquí, sobre todo, Nietzsche y su intento de eliminar la manera teleológica de cultivar la filosofía, aunque como apunta el autor, él mismo, en el fondo, trata la «voluntad de poder» como *telos* de su historia de la filosofía.

Como resumen, se puede decir que la idea principal del libro consiste en mostrar detalladamente que el acercamiento de santo Tomás de Aquino al misterio de Cristo tiene sus grandes ventajas en comparación con las cristologías modernas, sobre todo por lo que respecta a la soteriología, la cual se hace más coherente si se adopta el modo que tiene el Aquinate de contemplar la presencia de la divinidad de Cristo en el misterio pascual. Por esta razón, White, prácticamente en cada capítulo, muestra las tensiones y contrastes de enfoque entre la cristología tomista y la contemporánea, imitando de esa forma el modo de proceder del mismo Aquinate, que siempre explicaba la verdad de las cosas en diálogo con los acercamientos parciales o erróneos (*obiectioes*, en la «Suma de teología»). Lo que White descubre en santo Tomás (y en otros medievales, como san Alberto Magno o san Buenaventura) es que tratan la cristología como sabiduría: una forma de pensar que examina el fin del hombre, que considera los primeros y más altos principios explicativos de la realidad, convirtiéndose, de esta forma, en una ciencia de sabor especulativo y práctico. Con ella se hace posible una expresión del misterio del Verbo que une el enfoque ontológico y el realismo histórico. El autor, como muestra en sus anteriores publicaciones (sobre todo, su *The Analogy of Being: Invention of*

the Antichrist or Wisdom of God?, de 2010), conoce las actuales corrientes cristológicas protestantes y, por eso, su objetivo consiste en mostrar dónde se separan los diferentes acercamientos, para que no se confundan. Quizás por eso, algunos pasajes muy duros con Barth ganarían si se introdujeran sus ideas más meticulosamente.

Estamos ante un libro que ofrece un amplio panorama de temas cristológicos muy debatidos en la teología contemporánea y que muestra el valor de la cristología clásica, representada en las obras de santo Tomás de Aquino, que sigue ofreciendo fecundas inspiraciones también hoy día. En ese valioso estudio de White, uno encuentra no tanto al Aquinate cerrado en su propio mundo de conceptos y temas, haciendo de su lectura una especie de arqueología intelectual, sino que experimenta las ventajas de hacerle participe del mundo teológico actual. La lectura de este libro no sólo permite captar mejor la cristología de santo Tomás, sus acentos y su método, sino que también muestra los desafíos que encuentra entre los contemporáneos.

Piotr ROSZAK

Pilar Río, *Los fieles laicos, Iglesia en la entraña del mundo. Reflexión teológica sobre la identidad eclesial de los laicos en un tiempo de nueva evangelización*, Madrid: Palabra, 2015, 428 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9061-182-1.

La autora de esta monografía es actualmente profesora de Eclesiología y Sacramentos en la Pontificia Universidad de la Santa Cruz (Roma). Su intención es profundizar teológicamente en la dimensión eclesial de la condición laical.

Los laicos son (ellos también) Iglesia. Y «están especialmente llamados a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que sólo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos» (LG, 33). Un novedoso mensaje aún pendiente de penetrar en la conciencia de muchos de los fieles laicos y de ser mejor asimilado en el plano pastoral. Estas dos tareas están en relación con la necesidad de una mayor profundización teológica en la identidad o condición eclesial de los laicos.

Movida por un doble interés, eclesiológico y pastoral, la autora desea ofrecer una reflexión que pueda proyectarse en el escenario de la vida y de la